

en Job, cuyo libro llevaba en la mano. Yo, por mi parte, pensaba en el perro, en el sepulcro del rosal y en el hombre de las barbas, que continuaban dando vueltas en mi cabeza.

De pronto se detuvo, y volviéndose hacia mí, dijo:

—No sé por qué le llaman á este sitio lugar de dolor y de tristeza, cuando más bien es lugar de esperanza. Comprendo que el cuerpo en que vive prisionero nuestro espíritu sienta horror á la muerte; pero el alma debe ver en ella el término feliz de la esclavitud en que por nuestra culpa hemos nacido.

—La muerte (advertí yo con cierto énfasis filosófico) es una separación, y las ausencias son casi siempre dolorosas. Por rápido que sea nuestro tránsito sobre la tierra, nunca nos falta tiempo para crear ternos afectos, que no se pueden romper sin que el alma se despedace.

—Ese es el caso (replicó), que lloramos las separaciones que la muerte causa, como si fueran eternas, cuando en verdad no son muy largas.

—Siempre son bastante largas para que nos consolemos; el mundo sabe vivir, y á nadie olvida tan pronto como al que muere.

—El mundo es así, en efecto.

Dimos una vuelta al cementerio, leyendo al paso algunos epitafios, y vinimos á caer al mismo sitio de donde habíamos salido. Allí estaba el perro todavía, y al vernos llegar se dirigió á mi guía, tendiéndose á sus pies, y acariciándolo con impacientes halagos.

—Ya sé lo que quieres (dijo el capellán, golpeando con cariño la cabeza del perro). ¡Vamos!; ven, y hasta mañana.

Diciendo esto, se encaminó á la puerta del cementerio, siguiendo la calle trazada por los cipreses.

Siguiólo el perro, y yo me senté en el banco de piedra que había junto al sepulcro.

Cuando volvió el capellán, volvía solo.

Yo le pregunté:

—¿Es de V. ese perro?

—No,—me contestó.

—Me parece un perro singular.

—¡Oh! sí, admirable.

—¿No tiene dueño?

—¡Phs!

—Él es el que me ha traído aquí esta mañana.

—¿Sí, eh?

—Sin duda.

—Aquí viene todos los días.

—Estando en la plaza del pueblo, vi pasar un hombre de tan raro aspecto, que llamó mi atención vivamente, causándome una impresión mezclada de terror y de lástima, que no he podido desechar todavía.

Al oír estas palabras, el capellán exhaló un profundo suspiro, exclamando al mismo tiempo:

—¡Infeliz!

—El perro iba delante de ese hombre.

—Como siempre.

—Había á mi alrededor algunos chicos que me pedían limosna, y por ellos supe...

—¿Qué?

—Que no habla.

—Es verdad.

—Otros me dijeron que está loco.

—Es posible.

—Y una muchacha bastante resuelta me aseguró que estaba muerto hacía dos años.

—¡Quién sabe!

Esta exclamación del capellán me dejó con la boca abierta.

¿Se burlaba de mí aquel hombre que parecía tan bondadoso? Bueno que la costumbre de vivir entre las sepulturas, como una sombra fúnebre, le hiciera ver la muerte en todas partes y en todas las cosas; mas desde un principio le tuve por demasiado discreto para suponer que creyera muerto á un ser que, por misteriosa é irregular que fuera su existencia, al fin y al cabo vivía como el resto de los mortales.

Debió descubrir en mis ojos la sorpresa que su exclamación me había causado, pues dejome ver cierta sonrisa compasiva, pronunciando á la vez estas palabras:

—No digo yo que sea un cadáver cuyos músculos rígidos carecen de movimiento, cuya sangre no circula, cuyo corazón no late, cuyos pulmones no respiran....

—Entonces (me apresuré á decir) vive como V. y como yo vivimos, y no me parece justo declararleroo de una vida fraudulenta; y, de todas maneras, sería curioso saber cómo ha encontrado el secreto de sobrevivirse.

El tono burlón con que le dirigí estas palabras no alteró ni en lo más mínimo la paz de su semblante, conservando íntegra la expresión bondadosa de su rostro.

—No es curioso (dijo rectificando mi frase), sino terrible, cómo ha llegado al doloroso extremo en que se halla.

—¿De manera (pregunté yo) que el caso tiene su historia?

—Sí, una triste historia.

—Supongo que el perro hará en ella un papel interesante.

—Diga V. más bien un papel maravilloso.

—¿Será también ese pobre animal un perro del otro mundo?

—Lo parece,—me contestó sencillamente el capellán del cementerio.

—No quisiera (añadí yo) sorprender un secreto que acaso deba permanecer oculto.

—No, señor; esta historia la sabe todo el pueblo.

—Casi me atrevo á imaginarla.

—No es difícil, porque, en el fondo, la historia de las desdichas humanas siempre es la misma.

—Yo supongo que ese infeliz, viéndose alguna vez desesperado por la viva ansia de algún deseo irrealizable, intentó apelar al socorrido recurso de quitarse la vida; pero, ¡ya se ve!, por seguro que sea este expediente para salir del paso, no deja por eso de ser incómodo el momento de ejecutarlo; y debemos inclinarnos á creer que ideó otro medio, igualmente trágico, pero algo más dramático. Por ejemplo: esperó á que la noche cubriera con sus sombras la soledad de estos lugares. Si la atmósfera, advertida de lo que iba á suceder, tuvo la previsión de suspender sobre la tierra la lóbreguez de alguna nube tempestuosa, convengamos en que el relámpago, el rayo y el trueno vendrían como de molde para dar á la escena todo el aparato fantástico que semejantes casos requieren. El hombre buscaría el lugar más agreste; es decir, más propio para la realización tenebrosa de su proyecto, bien subiendo al pico más escarpado de la sierra, ó bien sepultándose en el seno de alguna caverna, y allí invocaría al espíritu de las tinieblas, que acudiría presuroso al llamamiento, encontrándose frente á frente con el

mismo demonio en persona, ajustándose entre ambos un mutuo convenio, un horrible pacto, bajo la mutua fe de sus respectivas palabras. ¿No es esto?

Me detuve para observar cómo recibía mis palabras; pero su semblante no mostró alteración alguna, y únicamente hizo esta advertencia:

—Siempre que obramos mal hacemos ese pacto.

Yo proseguí diciendo:

—Rara vez el demonio, á pesar de ser tan listo, deja de verse engañado en estos convenios, porque, ¡vaya V. á fiarse en la palabra de los hombres!

—¡Ojalá (exclamó interrumpiéndome) sea el demonio esta vez engañado!....

—¿Es decir (pregunté yo), que estoy adivinando la historia tenebrosa de ese hombre?

—Siga V., siga V. (me dijo). Lo oigo con mucho gusto.

—Pues es el caso que el demonio comenzó á desconfiar del fiel cumplimiento de la palabra empeñada, y antes de que el hombre pudiera arrepentirse, como es natural que al demonio no se le ocurra cosa buena, concibió, por lo visto, la idea de matarle, haciéndole caer en el lazo de alguna de esas enfermedades que acaban con la vida cuando uno menos lo espera; y, dicho y hecho, el hombre se vió á las puertas de la muerte. Mas como el espíritu de las tinieblas no tiene poder para matar á nadie cuando sus días no están cumplidos, se encontró con que la presa se le escapaba de las manos. Este espíritu es de suyo sutil é ingenioso, y sabe aprovechar en beneficio propio las más adversas circunstancias, y en tan apurado lance se le ocurriría hacerle creer que estaba muerto, que ya no tenía tiempo para arrepentirse, y que no había más remedio que entregar el alma al que se la había vendido.

Al ver el hombre el terrible destino que le esperaba, le pediría con las lágrimas en los ojos el favor de que lo dejara pasar algunos años más sobre la tierra, y el demonio, echándola de generoso y de compasivo, accedió á su súplica, dejándolo vivir sin sosiego y sin esperanza, y sin más guía que la de ese perro misterioso, dentro del que debe residir algún espíritu maligno, encargado de espiarle.

—No (dijo interrumpiéndome de nuevo con sencilla naturalidad y como queriendo corregir la parte que le parecía inexacta de mi relato): no, el perro representa un papel no menos terrible, pero más noble.

—Es lo mismo (añadí yo). El caso es que así se explica perfectamente la singularidad del hombre y del perro. De otro modo, las imaginaciones novelescas, y suelen serlo casi todas, no comprenderían la novedad del suceso. Porque ha de saber V. que he presenciado el afán del perro por arrastrar aquí al hombre, y la obstinada resistencia del hombre por no acercarse á la puerta del cementerio. Huye de la muerte, porque la muerte es su condenación eterna.

Quise dar á mis palabras cierto acento de sinceridad irónica, que entonces me pareció de una superioridad filosófica incontestable, y que, al recordarlas ahora, me parecen, por el contrario, de malísimo gusto.

—¡Oh!.... (exclamó el capellán desde la altura inaccesible de su inalterabilidad, y tomando al pie de la letra mis palabras.) Y eso que V. no sabe las fatales influencias que se le atribuyen: su aparición suele ser el anuncio de alguna desgracia. Había en el fondo del barranco que atraviesa el pueblo una higuera que no tenía dueño, pues había nacido sin que nadie la plantara y en terreno que á nadie pertenecía. Era un árbol inmenso, cuyo abundante

fruto se repartían como buenos hermanos los muchachos de las casas vecinas y los pájaros de la huerta que anidaban entre sus ramas. Pues bien: ese hombre infeliz dió en pasar las siestas sentado al pie del tronco, á la sombra de la frondosa higuera, y aquel año no hubo higos ni para los chicos ni para los pájaros.

—¡Hola!.... (exclamé); se los comía todos.

—No; el árbol no los produjo aquel año.

—¿Y al año siguiente?

—El año siguiente es este en que estamos, y hace ya diez meses que se secó la higuera.

—Mal negocio (añadí yo) para los muchachos y para los pájaros.

—Otro día (prosiguió diciendo el capellán del cementerio), al lado allá de la rambla, dos chicos de siete á ocho años jugaban, tirándose piedras uno á otro; el más pequeño lanzó su guijarro á tiempo en que *él* pasaba por lo alto de la rambla, y la piedra fué á chocar con su cabeza. Arrojóse sobre el chico, levantando el bastón que siempre lleva en la mano; pero, al descargar el golpe, varió de dirección, y dando media vuelta, siguió su camino.

—¡Vamos, señor cura!; para estar en poder del demonio, ese hombre tuvo bastante dominio sobre sí mismo para contener la ira. Decididamente el demonio que lo maneja es un pobre diablo.

—No sé (me contestó humildemente); pero es el caso que aquella noche el chico cayó enfermo, y á las veinticuatro horas justas era difunto. No está muy lejos de aquí su sepultura.

—Se comprende perfectamente (dije) que ese hombre sea el terror de los muchachos del pueblo. Primero les seca la higuera; después los mata, sólo con mirarlos.

—Eso creyó el padre del niño muerto; y como el pobre no tiene muy buena cabeza, se le encasquetó la idea de quitar de en medio, como él decía, al asesino de su hijo. Cogió la escopeta, y salió á buscarlo.

—¿Y lo encontró?

—Sí, señor; á la vuelta de los últimos olivares que hay al pie de la sierra. Lo vió venir, y amparándose á un olivo, lo esperó, resuelto á matarlo. Ya era casi oscuro, y lo solitario del sitio se prestaba á la consumación de tan terrible proyecto. Como siempre, el perro iba delante. Cuenta el padre del chico que, al verlo acercarse, sintió como si el corazón se le apretara y toda la sangre se le subiera á los ojos. Preparó la escopeta, y se la echó á la cara.

—¿Va á morir por segunda vez?—pregunté.

—Verá V. (me contestó); lo tenía encañonado á diez pasos de distancia; no había más que doblar el dedo, y la bala saldría silbando para ir á estamparse en su frente. Esperó un instante más, y el bulto, que adelantaba lentamente en medio de las primeras sombras de la noche, llegó hasta pasar casi rozando la boca del cañón de la escopeta. Entonces dice que cerró los ojos, porque creyó ver ráfagas de fuego que relampagueaban en el aire, hendiendo la oscuridad como los rayos que surcan las nubes. Al mismo tiempo que cerró los ojos asegura que oprimió el gatillo de la escopeta, y que sintió un terror indecible al observar que la llave permanecía inmóvil; reconoció el arma, y aunque jura y perjura que la montó antes de apuntar, es lo cierto que la llave estaba en el seguro. Es terco, y, preparando de nuevo la escopeta, buscó ansioso al que era objeto de su rencor; pero lo buscó inútilmente. Había cerrado la noche, y la oscuridad lo protegía. No acierta

á explicar el tumulto de pensamientos que en aquellos instantes invadieron su ánimo; pero es el caso que desde aquella noche renunció á su propósito para siempre. Ahora bien: ¿qué piensa V. de todo esto?

—Pienso (le contesté hablando formalmente y con aire de suficiencia) que todo eso puede herir y poblar de visiones la imaginación de las gentes sencillas, cuya excesiva credulidad busca en causas extraordinarias y maravillosas la explicación de los hechos más naturales.

—Pues bien (me dijo): oiga V. ahora la historia, tal y como ha sucedido.

Diciendo esto, vino á sentarse junto á mí en el banco de piedra, y dió principio á un relato, que escuché primero con cierta aparente indiferencia, después con interés creciente, y por último con mudo y profundo respeto.

Terminada la narración, y viéndome pensativo, me dijo:

—Empieza á caer la tarde, y no tardará mucho en ponerse el sol detrás de la sierra. ¿Le habré hecho á V. perder el tiempo con mi pesado relato?

—No (le contesté): no he perdido el tiempo; pero ya es hora de que el coche esté en disposición de continuar el viaje.

Me levanté para despedirme; mas no me dejó ir solo, y me acompañó hasta el pueblo.

Durante el camino hablamos.... ¡qué sé yo lo que hablamos!.... Oscureciendo estaba ya cuando llegamos á la posada donde había parado la diligencia, y llegamos á tiempo, porque ya estaban enganchoando los caballos. Nos despedimos como dos amigos de toda la vida, y yo entré en la berlina, llevándome un mundo de pensamientos en la cabeza.

## CAPÍTULO IV.

### Un secreto que parece impenetrable.

Cualquiera que sea la idea que tengamos de la belleza del rostro humano; cualquiera que sea la originalidad ó la corrección del tipo que admiremos, no pasará la impresión que nos cause de esa complacencia, digámoslo así, estética con que la armonía del color ó de las líneas hiera la parte más ó menos artística que todos llevamos en el alma, si detrás del rostro que contemplamos no brilla el resplandor misterioso de un bello espíritu.

Entiendo yo que, así como los rasgos más puros de un cuadro se desvanecen ó se descomponen cuando la luz no los ilumina desde el punto conveniente, de la misma manera los rasgos más nobles de la fisonomía humana se oscurecen cuando no los anima la vida del alma.

El secreto atractivo de la belleza está principalmente en la expresión, y la expresión viene á ser como el reflejo del rayo divino que interiormente nos ilumina.

La naturaleza, dirigida por la mano creadora del Supremo Artista, ofrece muchas veces modelos de belleza que el arte humano no acierta á imitar, por-